



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 25, n° 90 (julio-septiembre), 2020, pp. 204-216
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9555

Necroeconomía, economía de la sociedad actual

Necroeconomics, economy of today's society

Jacobo SILVA NOGALES

agaleanovenas@gmail.com

México

Este trabajo está depositado en Zenodo:
DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.3872558>

RESUMEN

Este artículo define la economía actual como una necroeconomía, una economía que gira en torno de la muerte. Describe los aspectos en que esto ocurre y demuestra que es un fenómeno que no es propio solamente de unas regiones y ni siquiera solamente de las periferias, sino también, de los centros del sistema-mundo y que, en consecuencia, es un fenómeno global que define toda una época en la que la vida tiene lugar solamente como víctima porque la economía hace morir y deja morir.

Keywords: Necroeconomía; guerra; resistencia; sistema-mundo

ABSTRACT

This paper, defines the current economy as a necroeconomics, an economy that revolves around death. It describes the aspects in which this occurs and demonstrates that it is a phenomenon that is not only characteristic of some regions and not only of the peripheries but also of the centers of the world-system and that, consequently, it is a global phenomenon that defines a whole era in which life takes place only as a victim because the economy making die and letting die.

Palabras clave: Necroeconomics; war; resistance; world-system

Recibido: 20-02-2020 • Aceptado: 23-04-2020



INTRODUCCIÓN

De un análisis meticuloso de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, Warren Montag obtiene la conclusión de que, en su intento por mostrar las bondades de la mano invisible del mercado capitalista, el economista inglés muestra que la subsistencia de una población puede requerir, y en circunstancias específicas requiere, la muerte de un número significativo de individuos y más precisamente, que ellos mismos permitan ser muertos para que otros puedan vivir (Montag, 2005, 14).

Esto ocurre, según el autor, porque el mercado capitalista conduce a esa situación inefablemente e ilustra su aseveración con dos ejemplos de hambrunas que causaron una gran cantidad de muertes, una de ellas la de Francia, en 1708-1709, donde murieron cerca de dos millones de personas, otra la de Bengala, en 1770, donde murieron millones de personas, hambrunas causadas no por interferencias con el mercado sino por el funcionamiento del mercado, como un costo suyo.

Esto le permite generar el concepto de necroeconomía, economía de la muerte, con el que representa esa relación de la economía capitalista con la muerte, donde la primera causa necesaria e inevitablemente la segunda.

Como el autor lo entiende, la necroeconomía se relaciona estrechamente con los conceptos foucaultianos de soberanía y biopoder, así como con el de soberanía de Agamben y el de necropoder y soberanía de Achille Mbembe.

SOBERANÍA Y BIOPODER

En el tiempo de la soberanía –según Foucault, durante la Edad Media y antes del siglo XVI y durante parte de él en Europa, porque en otras civilizaciones como la babilonia, la china o la egipcia, eso mismo se vivió muchísimo tiempo atrás– el soberano tenía el poder de quitar la vida a los integrantes de la población sobre quienes reinaba, sus súbditos, y de dejarlos vivir.

En tiempos del biopoder –surgido, según Foucault a partir de siglo XVI (Foucault: 2005, 62) y también en Europa– ya no fue así porque los gobernantes perdieron la facultad de poder quitar la vida a los integrantes de la población y, por el contrario, estaban obligados a resguardarla, aunque podían dejarlos morir al enviarlos a la guerra y con sus políticas de segregación de grandes sectores de la población en las cárceles, en los manicomios, en los hospitales.

“En la formulación de Foucault, el biopoder parece funcionar segregando a las personas que deben morir de aquellas que deben vivir” (Mbembe, 2011a, 21), así que la soberanía y el biopoder se pueden diferenciar en términos de poder sobre la vida o la muerte de las personas. La soberanía hace morir y deja vivir, en tanto que el biopoder, por el contrario, hace vivir y deja morir (Montag, 2005, 11).

Así, según Foucault, hay una sucesión entre la soberanía y el biopoder como los entiende él. Para Giorgio Agamben, por el contrario, más que una sucesión, hay entre ellos una coexistencia (Montag: 2005, 11).

Para Mbembe, en la realidad africana y de Medio Oriente sobre todo, se expresa una forma de soberanía definida como “el derecho de matar” (Mbembe, 2011a, 19-20). Es una soberanía en la que los que mandan tienen el poder o la capacidad de decir quién puede vivir y quién debe morir, o, en otras palabras, hacer morir y dejar vivir, pero con un predominio absoluto de lo primero, con el pretexto de la guerra, de la resistencia o de la lucha contra el terror (Mbembe, 2011a, 19-20). De ahí deviene el concepto de necropoder, que, entendido como el poder de matar, es la forma de ejercicio de la soberanía.

En esta serie de comparaciones, podemos decir que, en la necroeconomía, como la entiende Montag, el mercado demanda que la muerte sea permitida por el poder soberano y por los que han de morir por su pobreza (Montag, 2005, 16).

Esto significa que habría que considerar que el capitalismo es siempre una necroeconomía y que ha existido tanto en los tiempos de la soberanía como en los del biopoder y del necropoder. Sin embargo, aunque es cierto que así opera siempre el capitalismo, en la sociedad actual se acentuado el papel de la muerte en la economía. Nunca como ahora la muerte había ocupado un lugar tan destacado en la sociedad en su conjunto, no solamente por su mecanismo general ni por sus consecuencias, en los que se centra Montag, sino en todos los elementos que intervienen en la economía.

Por eso, sería más acertado utilizar el término necroeconomía para la economía tal como funciona en la actualidad. Veamos por qué.

¿SOLO SE TRATA DE RIQUEZA Y PODER?

Detrás de la argumentación que sigue se encuentra la idea de que desde hace unas décadas se ha abierto paso una economía marcadamente distinta de la que se consideraba propia del capitalismo. No se trata ni de una variante de la economía de libre competencia ni de una forma peculiar de la que se basa en los monopolios, fundadas ambas en la lógica capitalista que permite a un empresario invertir una cierta cantidad de recursos económicos para obtener a partir del trabajo de otras personas una ganancia proveniente del plusvalor producido por los trabajadores. Algo nuevo, distinto, ha surgido.

Hablar del surgimiento de una economía distinta requiere, si se quiere demostrar que en verdad se trata de una economía nueva, dar respuesta a una serie de preguntas en torno, precisamente, a la novedad de los fenómenos económicos, si es que la hay. Preguntas claves en este sentido son: ¿qué se produce? ¿Quién produce? ¿Cómo se intercambia? ¿Cómo se acumula? ¿Qué tipo de relaciones se presentan? ¿Qué tan extendido están las relaciones consideradas nuevas? ¿Hay nuevos agentes económicos? ¿Hay una nueva lógica subyacente?

Empecemos con lo más evidente. En las últimas décadas han surgido personajes que han acumulado enormes riquezas y un gran poder, con los que han alterado la vida de la sociedad de forma determinante. Su peso se deja sentir no solamente en regiones o territorios en los que son los amos absolutos, dueños de vidas y prácticamente de todo lo que hay allí, sino en el plano mundial, por su peso en la economía.

Según cifras de la Oficina de las Naciones Unidas sobre las Drogas y el Crimen, en 2010, el sistema bancario mundial movió, es decir, lavó, 2.1 trillones de dólares (lo que equivale a 2.1 miles de millones de dólares en español o 2.1 mmdd) provenientes de actividades criminales, entre ellas el narcotráfico y otras actividades delictivas, lo que equivale al 3.6 % del Producto Interno Bruto mundial (PIB). Cerca del 20% de esos recursos provienen del tráfico de drogas. (UNODC, 2011, 7).

De este dinero el sistema bancario internacional se queda con el 26 % del total (Kaplan, 1996, 230), lo que significa que los grandes bancos disponen de 546 mmdd, producto de una actividad ilícita como el lavado de dinero.

Para tener una idea de lo que esto significa basta compararlo con el producto interno bruto de unos países. Según la página oficial del gobierno mexicano, el PIB de México equivale al 1.67 % del PIB mundial (Gobierno de México, 2014, 1), lo que significa que en 2010 la delincuencia mundial lavaba más del doble del PIB mexicano.

Más allá de las complicidades, grandes y cruciales que se requieren entre los grandes grupos financieros que manejan esos recursos y los delincuentes que los producen, aquí usamos esas cifras para mostrar que el flujo de recursos económicos que produce la delincuencia es importante porque implica que hay un flujo de mercancías que dan lugar a una economía distinta a las que se conocen como propias del capitalismo, vale decir, los productos materiales e inmateriales que se puede agrupar en los llamados sectores primario, secundario, terciarios y demás de la economía e, incluso, más allá de lo que se llama economía informal.

Se trata de mercancías que han existido en otros momentos, pero que ahora han adquirido gran actualidad porque se han convertido en objeto de transacciones muy recurridas y continúan en ascenso y su producción, circulación y consumo determina, cada vez más, la vida de muchas personas.

VIDA Y MUERTE COMO MERCANCÍAS

La vida y la muerte se convierten en una mercancía cuando existen personas que a cambio de dinero o de algún otro bien se ponen a la disposición de quien que desea que alguien deje de existir. Los contratantes pueden ser personas particulares o el Estado. Cuando son asesinatos ordenados desde el Estado pueden realizarlos, como ejecutores inmediatos, miembros de los aparatos represivos legales, como el ejército o la policía, pero otras veces agentes que forman parte de la estructura estatal secreta, encargada de los trabajos sucios. En otras ocasiones lo realizan sicarios profesionales u operadores de drones que asesinan personas a miles de kilómetros, en territorios ajenos. La vida y la muerte son una mercancía también en los casos en que las personas que desean ver muerto a alguien le quitan la vida ellas mismas, si lo realizan a cambio de obtener un beneficio que no tendrían mientras ella exista; es un intercambio mercantil porque intercambian el riesgo implicado en la comisión de un crimen y la vida de su víctima por el beneficio obtenido. En el mundo se cometieron 464 000 homicidios en 2017 y de ellos el crimen organizado fue responsable del 19 %, con lo que casi iguala a los 89 000 que dejaron los conflictos bélicos. Igual proporción se encuentra si se comparan las cifras de un periodo más largo, entre 2000 y 2017, lapso en que cada uno produjo un millón de muertos, aproximadamente (UNODC, 2019a, 12).

Esos son casos en que la vida se le despoja a alguien, se le quita de manera forzada, asesinandole, pero también hay la entrega de la vida propia de forma voluntaria. Es lo que hacen las personas que se convierte en sicarios: alquilan su capacidad de matar a cambio de algún bien y con ese acto entregan su vida, la venden al contratante. Al ser sicarios reciben cantidades relativamente grandes de dinero, placeres y poder, pero ponen en riesgo su vida y su libertad y en muchos casos las pierden en muy poco tiempo. Pocos sicarios sobreviven mucho tiempo y a eso se debe que los sicarios sean cada vez más jóvenes (Flores, 2018).

En ocasiones no se vende la vida directamente sino que a cambio de una mercancía productora de placer se entrega poco a poco, perdiéndola gradualmente, reduciendo las expectativas de vida. Esa mercancía, más usual cada vez, son las drogas, que, además de conducir a la muerte del consumidor en un plazo mediano, van ligadas a la comisión de muy diversos crímenes, entre ellos asesinatos; el 37 % de los homicidios cometidos en el mundo se ha hecho en estado de intoxicación, y de ellos el 90 % por alcohol (UNODC, 2019d, 90). La vida propia o la de otros, es el costo de esta salida a las insatisfacciones de la vida cotidiana.

Una de las formas en que se comercia la vida es el tráfico ilegal de órganos y tejidos, actividad novedosa, que apenas en 2008 fue contemplada internacionalmente como una figura jurídica por la declaración de Estambul, hecha por especialistas en trasplantes:

El tráfico de órganos es la obtención, transporte, transferencia, encubrimiento o recepción de personas vivas o fallecidas o sus órganos mediante una amenaza, uso de la fuerza u otras formas de coacción, secuestro, fraude, engaño o abuso de poder o de posición vulnerable; o la entrega o recepción de pagos o beneficios por parte un tercero para obtener el traspaso de control sobre el donante potencial, dirigido a la explotación mediante la extracción de órganos para trasplante (Participantes en la Cumbre Internacional sobre Turismo de Trasplantes y tráfico de Órganos. 2009, 250).

En esta declaración se atiende al “turismo de trasplantes”, como el viaje que se hace a otro país específicamente para ser objeto de un trasplante de un órgano comercializado. (Participantes en la Cumbre Internacional sobre Turismo de Trasplantes y tráfico de Órganos. 2009, 250).

En ocasiones se aprovecha los órganos de personas muertas, pero en otras se asesina sobre pedido a personas para despojarles de sus órganos para trasplantarlos a quienes están dispuestos a pagar por ellos y cuentan con recursos económicos suficientes para hacerlo. Mientras que hay personas que permanecen en la lista de espera durante años por un trasplante, hay otras que lo obtienen de inmediato porque pueden comprarlo. Ese es cabe suponer, el destino de parte de los miles de desaparecidos que hay en todo el mundo y que en México suma 61 137 (Angélica Enciso, 2020).

En 2017 hubo 87 000 feminicidios, de los cuales 50 000 fueron causados por la pareja íntima o dentro de la familia (UNODC, 2019c, 10). Esos casos ilustran que muchas veces la muerte se ocasiona a cambio de un paliativo provisional para problemas psicológicos y psiquiátricos derivados de traumas de diverso tipo y que cuando están ligados con el género, que pueden ser de contenido sexual o de otro tipo, se da lugar a problemas psicológicos que pueden desembocar en feminicidios.

Cuando la vida se quita en la realización de rituales satánicos con sacrificios humanos existe el intercambio de una vida a cambio de esperanzas o la seguridad de obtener beneficios derivados del sacrificio. Esto requiere, además, la participación de personas diversas que no necesariamente forman parte del ritual sino que intervienen a cambio de dinero únicamente.

Otra mercancía que circula ampliamente es la disposición a cometer delitos, mercancía que compran los integrantes de los sectores superiores de los grupos criminales, que así se convierten en jefes de grupos que cuentan sus integrantes por miles y da lugar a una fuente de trabajo mayor que las más grandes empresas públicas (Fernández, 2013).

La mano de obra infantil en actividades criminales es otra mercancía que se generaliza cada vez más. En Brasil la participación en los grupos criminales comienza desde los ocho años, en labores de vigilancia en la venta de drogas para pasar luego de un tiempo a venderlas (CIDH, 2015, 70). En México hay 30 000 niños y adolescentes cooperan con la delincuencia y su actividad comenzó a edad temprana:

[...] a partir de los 9-10 años, los niños y las niñas se involucran en delitos, sobre todo en la trata de personas. Los niños más pequeños son utilizados como vigías o informadores, o se les utiliza para abordar los trenes, monitoreando la cantidad de migrantes que llegan cada día. A partir de los 12 años, se les utiliza para cuidar las casas de seguridad y controlar que nadie se escape. Lo más grandes, a partir de los 16 años, trabajan en ejercicios más violentos, como los secuestros, los asesinatos, y todos portan armas. En lo que se refiere al narcotráfico, los niños están involucrados en toda la línea de la industria. Lo más pequeños trabajan como vigilantes, lo más grandes se ocupan del traslado de la droga y a partir de los 16 años empiezan a ser contratados como sicarios. Las niñas están involucradas sobre todo en el empaquetamiento de la droga [...]. Actualmente, las tareas se atribuyen dependiendo de las habilidades y capacidades delictivas concretas de cada niño y niña en cuestión, independientemente de su edad y su desarrollo delincencial. Por consecuencia, se puede encontrar a un niño de 12 años que demuestra capacidades violentas y que se convierte en sicario a los 12 años (CIDH, 2005, 71).

Otra mercancía con amplia circulación es el dolor, tanto físico como emocional. El dolor emocional ha sido una mercancía con la que han negociado siempre los secuestradores, que colocan a la persona secuestrada y a sus familiares en una situación de angustia para poder extraer mayores recursos de su dolor. El dolor, sea físico o emocional, se ha usado también como mercancía, convertido en medio de vida para generar compasión o para justificar acciones cuestionables. Ha sido mercantilizado también por personas que no lo sufrieron, pero lo aprovechan para justificar los crímenes que cometen ahora ellos,

como durante décadas han hecho muchos judíos con el holocausto o los serbios con las agresiones que otras generaciones vivieron.

También negocian con el dolor emocional el Estado y las grandes empresas extractoras que usan los crímenes cometidos por las organizaciones criminales como un mecanismo para presionar a la población para que ceda a sus pretensiones, ligadas al saqueo de recursos y a la militarización de la sociedad.

Por su parte, el dolor físico se ha usado como mercancía en la tortura, cuando se pide la entrega de información a cambio de cesar la provocación de dolor. Hasta hace unos pocos años era el Estado el principal torturador, pero ahora la realizan muchas personas y se ha convertido en algo cotidiano. Las golpizas, la mutilación, el descuartizamiento, el desollamiento y la tortura de los secuestrados, crímenes, llenos de crueldad, atestiguan el valor del dolor, la demanda que hay de él y la existencia de personas que se dedican a producirlo a cambio de bienes o que lo provocan para satisfacer sus necesidades sádicas.

El tráfico de personas, principalmente de mujeres, cuyo destino es convertir las en prostitutas es otro comercio exitoso en la actualidad, que puede orientarse hacia la explotación sexual o hacia la explotación laboral.

Un fenómeno que acompaña la conversión de la muerte y fenómenos relacionados con ella en mercancías es el miedo, mercancía que tiene la función de abaratar el precio de las demás. Circula con profusión porque permite y acelera la mercantilización con el sometimiento que provoca. Cualquiera puede preguntarse, ¿por qué pueden someter a la población los delincuentes si son tan pocos comparados con el número de la población sometida? La capacidad de causar miedo es el principal factor que inhibe y baja el precio de la obtención de las mercancías. El miedo domina antes que las personas; cuando se deja de tenerlo, el dominio termina.

En este punto cabe hacerse una pregunta: ¿en qué sector de la economía se puede ubicar este tipo de producción? ¿Cabe en la economía informal o hay que considerar que forman un sector aparte? En cualquier caso, existe y es muy importante en la vida de la sociedad, tanto desde el punto de vista económico, como desde el social. Sin el dinero que produce, la explosividad social sería enorme, así que merece un sitio especial.

Es verdad que, a veces más, a veces menos, muchos de los usos de la muerte y fenómenos allegados a ella, como los aquí reseñados, han tenido lugar durante mucho tiempo, así que habría que preguntarse: ¿qué es lo nuevo en ese aspecto?

En primer lugar, lo que se acumula, no es dinero o poder económico, fundamentalmente, sino poder depredador. Lo que interesa es la capacidad de poder despojar a la gente de sus propiedades particulares o de lo común. El dinero no es el objetivo sino el poder depredador que se puede tener con él. Lo que se acumula es necropoder. Se acumula porque es lo que se obtiene y es a la vez un medio de pago con el que se recompensa a los integrantes de los grupos del necropoder, es una de las formas que asume su salario. Es un poder en su máxima expresión, que no tiene límites porque los jefes superiores conceden el derecho de matar a cualquiera, de apoderarse de cualquier propiedad, de hacer suya y esclavizar sexualmente a cualquier mujer o persona que se encuentre a su alcance. Es un poder limitado solamente por el que tienen los superiores, que en el momento que quieran los pueden matar o mandar a la muerte también a ellos.

En segundo lugar, la forma en que se acumula no se basa en la reproducción ampliada sino en la acumulación por desposesión, pero no enfocada fundamentalmente a la reproducción ampliada capitalista sino a la reproducción por depredación pura: depredar para depredar más.

Lo que dice Mbembe respecto de las "máquinas de guerra" puede aplicarse también a otros tipos de grupos existentes en otras regiones del mundo, grupos que existen y se reproducen en función de la muerte y por eso se pueden agrupar en un solo concepto, el de necroorganización.

En África, las necroorganizaciones existen como máquinas de guerra, bandas armadas que funcionan como empresas militares dedicadas a saquear los recursos de la población, a extorsionarla y a brindar

protección a las multinacionales en su saqueo de petróleo y recursos naturales. Son grupos paramilitares subcontratados que tienen los rasgos de una organización política y de una sociedad mercantil (Mbembe, 2011a, 59), a lo que habría que agregar, de una sociedad criminal. En algunos casos son organizaciones de los clanes, como en Somalia o en Nigeria, con la Fuerza de Voluntarios del pueblo del Delta del Níger, o en Chad, con el Movimiento para la Democracia y la Justicia en el Chad.

En América Latina asumen la forma de cárteles de las drogas, empresas multinacionales dedicadas a la producción y al comercio de drogas y otras actividades delictivas. Algunos de los dirigentes de estos grupos se han encontrado entre las personas más ricas del mundo o con mayor poder, cuando menos, de sus países, como el Chapo Guzmán en México o Pablo Escobar en Colombia. En 2013 actuaban en México 37 cárteles, su actividad era la quinta fuente de empleo: generaban 468 000 empleos (Fernández, 2013), entre ellos los 30 000 niños mencionados párrafos atrás. Forma un sector de la economía nacional que genera entre 10 y 60 mmd de divisas, cantidad comparable con las remesas enviadas desde Estados Unidos por los migrantes y con las que genera la exportación petrolera, (20 mmd y entre 14 y 24 mmd) que son las mayores fuentes de ingresos desde el exterior. El peso del narcotráfico en el país es tan grande que en ocho estados convertirse en sicario es la aspiración por 23 % de los niños de secundaria, por encima de cualquier otra ocupación (La Jornada, 2013).

En Medio Oriente, adquieren la forma de grupos fundamentalistas como el Estado Islámico de Irak y Siria (EI); el Ejército del Islam, de Siria; y Jabhat Al-Nusra de Siria y Líbano, entre otros grupos fanáticos que intentan imponer por la fuerza su control sobre los recursos naturales de la región. Igual ocurre en algunos lugares de África: en Uganda existe el Ejército de Resistencia del Señor (Lord Resistance Army, LRA); en Nigeria el grupo afiliado al Estado Islámico, Boko Haram (Grupo de la Gente de la Sunnah para la Predicación y la Jihad), ambos caracterizados por el secuestro de niños para usarlos combatientes y de niñas para la explotación sexual; en la República Democrática del Congo existe la milicia Kamwina Nsapu, practicante de la brujería.

En los tres casos, el necropoder imita al monarca de los tiempos del poder soberano. Lo imita porque da lugar a una especie de señoríos, reinos o feudos relativamente pequeños e inestables pero abundantes, donde un individuo, pequeño soberano (patrón se le llama en México, coloquialmente, capo en los medios de comunicación), basado en la fuerza, construye cierta legitimidad con base en favores y dádivas concedidos a la gente mientras afianza su posición, pero que pronto deja atrás para dar pie al abuso, al despojo y a la extorsión contra la población que le apoyó en un principio.

No es un poder unipersonal sino uno que se extiende hacia abajo en forma piramidal, con el patrón en la cima, como máximo soberano, pero que concede a los elementos cercanos a él un poder para ejercer la función de un soberano de menor envergadura, que solo se encuentra sometido al que ocupa la posición superior. Éstos, a su vez, proceden de igual manera, como una estructura militar con oficiales de distintos grados.

A esas tres distintas formas de necroorganización se puede aplicar lo que Mbembe dice de las máquinas de guerra (Mbembe, 2011a, 62) para afirmar, parafraseándolo, que la economía paramilitar es una economía en que las necroorganizaciones actúan como mecanismos depredadores extremadamente organizados que extorsionan a las poblaciones de los territorios que ocupan, con el apoyo, a la vez material y financiero, de redes transnacionales y de diásporas. Las redes transnacionales las utilizan para extraer los recursos naturales sin pagar impuestos.

En tercer lugar, la fuerza de trabajo se utiliza no en la producción material sino en la producción de muerte y en la depredación en forma de extorsión, de despojo y de pillaje abierto. De esta manera se utiliza la capacidad productiva de los miembros de la necroorganización y a partir de él se obtiene el plusvalor producido por el trabajo de las víctimas y el valor contenido en sus vidas. Hay tres niveles de extracción de valor: el de los miembros de la necroorganización –el plusvalor obtenido de su actividad criminal–, el de la población a la que se somete al pago de peaje, de pagos y de extorsiones (Mbembe, 2011b, 96) –plusvalor

obtenido de su trabajo productivo— y el valor contenido en la vida de las personas —las personas a las que se somete, se tortura, se viola o se asesina.

En cuarto lugar, la muerte, a través del miedo que provoca, se convierte en un medio de producción, en una máquina, herramienta o tecnología capaz de producir mercancías, igual que la necroorganización. Con el miedo provocado por la tortura o con el temor de ser asesinado se obtiene confesiones, aceptación de acuerdos, compromisos, sumisión, que son mercancías que se venden a los superiores en jerarquía a cambio de ascensos, de promociones a puestos superiores, o que se intercambian por confianza de los jefes. Con la muerte de los enemigos se consigue control de espacios geográficos, de grupos, de espacios económicos o políticos.

Desde este punto de vista, el necropoder no da lugar a una relación propia de uno de los modos de producción conocidos: esclavismo, feudalismo o capitalismo, sino de uno distinto, donde la producción material es secundaria y el lugar principal lo ocupa una producción de otro tipo, la producción de poder. La producción material de su entorno puede adoptar la forma que sea siempre y cuando se someta a la producción de poder. Por eso se ve la coexistencia del necropoder con la producción capitalista pero también con la esclavista, como se puede ver en el trabajo forzado, una coexistencia basada en relaciones que unas veces son simbióticas con distintos modos de producción y otras son parasitarias. Son simbióticas respecto del capitalismo de las grandes empresas porque conviven y hay beneficios mutuos entre ellas y las necroorganizaciones; son parasitarias de los pequeños productores porque les extorsionan. Esto permite a los patronos la extracción del plusvalor tanto de sus subordinados como de sus víctimas.

En quinto lugar, el salario no se paga fundamentalmente en dinero sino en poder, en placer y en capacidad de cosificación. Eso hace costoso realizar ese tipo de trabajo a cambio de la vida. El poder permite conseguir satisfacciones que no pueden conseguirse simplemente con dinero o con dinero que una persona común no podría conseguir jamás ni en toda una vida de trabajo productivo, como el dominio absoluto sobre el destino de las personas. El placer ilimitado es otra de las recompensas, en el entendido que pueden disfrutar al máximo las drogas, el sexo, la fiesta, en el caso de los miembros de los cárteles o de las máquinas de guerra, o el placer del paraíso en el caso de los combatientes de los grupos religiosos fanáticos. La cosificación que permite llega a extremos inalcanzables de otra manera: desde una posición de ese tipo se puede tratar a las personas como un recurso natural que se puede extraer de la tierra y al que se puede someter a diferentes procesos encaminados a convertirlas en una mercancía, aunque se les haga morir en el proceso. Las personas no son tratadas como mercancías: son una mercancía simple y pura a la que se puede consumir en la forma en que se apetezca.

En sexto lugar, la forma en que se realiza la competencia, no opera en los términos de la lógica capitalista tradicional sino de una forma completamente distinta, con reglas en las que poco o nada tiene que ver la competitividad económica entendida a la manera convencional: con el aumento de la jornada de trabajo o la intensificación del trabajo o la modernización del aparato productivo o la concentración de los capitales o la monopolización de la compra o venta de la producción. Esos tipos de competitividad son completamente inútiles cuando se enfrentan contra quienes eliminan a sus competidores con el asesinato, con el robo de sus empresas o, en el mejor de los casos, con su nula necesidad de ganancias en sus negocios de lavado de dinero o de inversiones realizadas con fines no económicos. En la necroeconomía, la competencia se produce en términos de quién depreda más, lo que depende del uso de la violencia y de la acumulación de poder.

Tampoco sirve de algo el recurso de la ley. No actúa contra las necroorganizaciones porque está en sus manos, ya sea porque ponen las reglas o porque colocan en posiciones de poder a quienes las aplican y eso les permite contar con las complicidades de funcionarios de distintos niveles, que las solapan a cambio de prebendas y apoyos.

Contra ella ninguno de los mecanismos citados tiene la menor posibilidad de ganar ni de resistir.

En séptimo lugar, la masificación de la mercantilización de la muerte, que nunca había estado tan generalizada, salvo en las grandes guerras. Ahora, en las regiones del mundo donde no hay guerra son asesinadas cinco veces más personas que las que mueren en los conflictos militares (UNODC, 2019b, 18) y el número de víctimas de la delincuencia organizada iguala al de los muertos en guerras.

En octavo lugar, la privatización del uso de la muerte como mercancía. Antes, el principal promotor, realizador, apropiador y beneficiario de la mercantilización de la muerte era el Estado, pero ahora ya no es así, su mercantilización se ha extendido, se ha “democratizado” como nunca antes al privatizarse, aunque una gran proporción sigue siendo cometida por el Estado y la mayoría se realiza con su complicidad.

En noveno lugar, la incidencia de la mercantilización de la muerte en todos los campos, que le permite condicionar lo que sucede en la economía, en la política, en el Estado, en lo militar, en el sexo, en la religión, en la cultura, en las relaciones sociales y en cualquier otro ámbito.

En la política, el necropoder se manifiesta como necropolítica, trabajo de muerte (Mbembe, 2011, 21), abordaje de los asuntos públicos con los asesinatos y la amenaza de muerte como tecnologías principales de control de la población y de negociación, en medio de un estado de excepción permanente y con la población en el papel de enemigo. Con el auxilio de los recursos económicos, los grupos basados en el necropoder intervienen en los procesos políticos, impulsando candidatos suyos o alianzas con quienes mantienen posiciones de poder público para tener mejores puntos de apoyo y poder utilizar el poder del Estado. Con la llegada a posiciones de gobierno de sus representantes, la delincuencia puede usar a su servicio la policía o el ejército. Se esfuerza también en colocar como jueces, magistrados o ministros judiciales a personas pagadas por ellos. Así, sus integrantes son juzgados benévolamente y dejados en libertad, pese a ser responsables de múltiples asesinatos y delitos.

En los conflictos políticos no se utilizan los mecanismos de presión o de negociación o de represión que durante mucho tiempo fueron los más utilizados y que definían el campo de la política, como el uso de los recursos jurídicos, legales y políticos para realizar los planteamientos políticos o las peticiones al poder público o para oponerse a ellos, la discusión en foros públicos, las movilizaciones masivas, las amenazas veladas de encarcelamiento o represión, la formación de una opinión pública favorable a una posición. Ahora en cualquier problema político la amenaza de muerte pende sobre los participantes más débiles como una espada de Damocles que en cualquier momento puede caer sobre su cabeza y es el factor con el que se presiona para que cedan y se sometan a la voluntad del poderoso. Los asesinatos y amenazas inhiben la lucha política tradicional y convierten ésta en una mera apariencia. La verdadera confrontación política se da en las acciones criminales del Estado y las grandes empresas, que aliadas con bandas criminales, formadas con su apoyo, acosan a la población para que se someta a sus designios.

En lo militar, la delincuencia controla parte del aparato represivo, tanto para evitar su persecución como para dirigirlo contra sus enemigos y la población. La sociedad se ha convertido en un escenario de guerra, en un espaciotiempo de guerra generalizada y permanente en donde la única forma de hallar seguridad es la posesión de poder militar por parte de la población, como se vio en el surgimiento de las policías comunitarias y en las autodefensas de Michoacán, donde la población buscó disponer de un poder capaz de enfrentar a la fuerza militar de los patrones de la delincuencia.

En el sexo, multiplica la posibilidad de las agresiones de ese tipo porque las mujeres se encuentran a merced de los llamados patrones y de las personas cercanas a él y cabría preguntarse: ¿cuántas mujeres han tenido experiencias sexuales obligadas, presionadas por ellos o seducidas por el poder?

En la religión, aumenta el peso de las religiones y rituales basados en creencias en deidades que se consideran protectoras de actividades ilícitas y que se relacionan con la muerte, como el culto de “la santa muerte”, de la brujería o de algunas formas de la santería, deidades mezcladas, mercantilizadas y en expansión debido a la globalización (Saldívar, 2010, 58), pero también a las dificultades y riesgos de la vida actual, que aumentan la incertidumbre y la necesidad de un apoyo en fuerzas sobrenaturales. En algunos casos, como el del Estado Islámico o del Ejército de la Resistencia del Señor, o el Kamwina Nsapu, la religión o la brujería forman la base ideológica para el reclutamiento de los grupos paramilitares.

En la cultura, crea toda una corriente cultural favorable a la delincuencia, expresada en gustos de todo tipo como musicales, de vestimenta, de apariencia, de lenguaje, de comportamientos que emulan los de los personajes más representativos del mundo de la violencia, ya sea narcotraficantes, jefe de "máquinas de guerra" o de grupos fundamentalistas, como la violencia, la misoginia o la ostentación. Esa corriente es favorecida desde los medios de comunicación más importantes, que inciden en la conversión de los capos en ídolos populares y en ideal su forma de vida, con las novelas, series y películas sobre ellos.

En las relaciones sociales, si se considera que existe una competencia permanente por obtener relaciones sociales que proporcionen ventajas, el predominio de la violencia disminuye las oportunidades sociales de los ajenos al mundo de la violencia, sea porque es difícil disponer de recursos económicos equiparables o porque el poder resulta atractivo para muchas personas o por el miedo que provoca competir con quienes viven en ese mundo.

Donde la muerte está siempre presente, la acumulación se consigue con violencia y se mide con la vara del poder de quitar la vida; mientras más muertes se puede y se está dispuesto a causar, mayor poder se tiene.

En décimo lugar, la fusión de la esfera privada de la vida con la esfera pública por la intrusión de los patrones de las necroorganizaciones en todos los aspectos de la vida de las personas en las regiones que tienen bajo su control. Su presencia es invasiva de todas las actividades de las comunidades y de las personas. Prácticamente nada se puede hacer sin su consentimiento porque son los amos absolutos; algunos de ellos pueden dar concesiones relativamente amplias, pero otros no permiten nada fuera de su control.

En décimo primer lugar, la bestialización de las relaciones sociales, en el sentido nietzscheano porque cuando Nietzsche habla de "la bestia rubia" parece estar describiendo a los integrantes de las necroorganizaciones, con su arbitrariedad absoluta, con su sadismo y su depredación:

Disfrutan allí la libertad respecto de toda coerción social, lejos de la civilización encuentran compensación por la tensión que produce una larga reclusión y encerramiento dentro de los muros que forma la paz de la comunidad, vuelven allí a la inocencia de la consciencia del animal de presa, como monstruos, exultantes, que quizá dejan tras de sí una horrenda serie de asesinatos, incendios, ultrajes y torturas con tal arrogancia y equilibrio anímico como si todo lo que hubiese sucedido no fuese más que una travesura de estudiantes, convencidos de que sí los poetas vuelven a tener, y por largo tiempo, algo que cantar y que celebrar. En el fondo de todas estas razas nobles es imposible dejar de ver al animal de presa, la magnífica bestia rubia que merodea ávida de botín y victoria. (Nietzsche, 2000, 75)

Esa bestialización, con la depredación que le es consustancial, es el rasgo fundamental de las relaciones sociales de las regiones donde predominan las necroorganizaciones y, en consecuencia, son las propias de la necroeconomía.

Así planteado el problema, ¿de qué tipo son las relaciones que se describen en estos once puntos y que existen en la actualidad?

El contrato relativamente libre que define a las relaciones capitalistas entre el explotador y el explotado, existe en la necroeconomía en parte del interior de la necroorganización, solamente con quienes son reclutados voluntariamente, pero muchos son incorporados a la fuerza, bajo amenaza de muerte para ellos o sus familiares. Respecto de la población a la que despojan del valor que producen o de la vida, no hay contrato alguno sino la imposición por la fuerza de la relación de explotación. Este simple hecho excluye la posibilidad de definir como capitalistas a estas relaciones. Llamarlas capitalistas sería extender demasiado generosamente el concepto de capitalismo, aunque sean capitalistas las relaciones que las necroorganizaciones mantienen con el exterior de su mundo de muerte.

Por otra parte, en las relaciones capitalistas se aliena la fuerza de trabajo con la compra de la subordinación en el uso del cuerpo, del tiempo de vida y de la asunción del riesgo, y el explotador se encuentra interesado en la preservación, hasta cierto punto, de la integridad física y de la vida del trabajador –no por humanismo ni por compasión, por supuesto, sino por rentabilidad simple y pura–, con el necropoder se toma la vida de las personas, en unos casos por la fuerza, en otros comprándola, como en el caso de los integrantes de los grupos paramilitares, que se alquilan sabiendo que entregan su vida a cambio de un pago. Cuando se le quita por la fuerza se les toma como “cuerpos” utilizables y desechables. Como “cuerpos”, las personas son objeto de satisfacciones extremadamente sádicas a las que se causa dolor, placer patológico antes solamente disfrutable por enfermos mentales, ahora al alcance de cualquiera. Se les convierte en objetos sexuales esclavizados; se les mira como contenedores de órganos vitales para trasplantes clandestinos, se les utiliza como objetos de entrenamiento para sicarios, que con personas comunes y corrientes muestran su disposición a matar y su destreza en hacerlo; se asesina a otro para mostrar lo que podría ocurrir a quien no acepta la dominación.

La reificación o cosificación, que en el capitalismo reduce a las personas a objetos de los que se extrae un valor como productores o como consumidores, con el necropoder se hace extrema: solo con un distanciamiento emocional y moral enorme, como el que se tiene con las cosas, puede ejercerse la violencia de los asesinatos por casi cualquier cosa, de las torturas tan crueles por insignificancias y del robo y la agresión a cualquiera sin sentir culpa (Pacheco, 2016, 16).

Hasta aquí hemos mostrado la necroeconomía como algo que ocurre en las zonas de la periferia del sistema-mundo, en África, en Medio Oriente, en América y Asia, es más evidente la presencia de la necroeconomía y eso podría dar la impresión de que es un fenómeno propio de esos entornos.

Parece serlo porque América es la zona más violenta del mundo, con una epidemia de homicidios, dado que rebasa la tasa de 10 homicidios por cada 100 000 habitantes (CIDH, 2015, 31), donde en 2017 ocurrió el 37 % de ellos, pese a que solamente concentra el 13 % de la población mundial (UNODC, 2019b, 13). Además, la mitad de los 14 países más violentos del mundo se encuentra en América; en El Salvador la tasa de asesinatos fue de 62.1 por cada 100 000 habitantes en 2017 (UNODC, 2019b, 13). En los países de Latinoamérica y el Caribe, entre 2000 y 2010, fueron asesinadas 1.2 millones de personas. De un total de 50 ciudades violentas en el mundo, 47 de ellas se encuentran en América: 19 en Brasil, 10 en México, 5 en Colombia, 4 en Venezuela, 4 en Estados Unidos, 3 en Sudáfrica, 2 en Honduras y una en otros países (CIDH, 2015, 32-33).

Sin embargo, los centros, que tan alejados parecen de la necroeconomía, no solamente participan de ella, sino que desempeñan un papel sumamente importante, trascendental. Por un lado, las grandes empresas transnacionales pueden saquear los recursos naturales gracias a sus alianzas con las necroorganizaciones, que ellos fomentan con ese fin. De los centros emana la demanda de muchas de las mercancías que han provocado la violencia en la periferia. Tan solo en Estados Unidos había 22.5 millones de usuarios de drogas ilícitas en 2011 (NIDA, 2019); la demanda de sexo, proveniente de los centros, convierte a algunos países y algunas zonas de la periferia en paraísos para el turismo sexual y en proveedores de sexo para los centros del sistema mundo. Baste ver lo que representa Tailandia o Europa Oriental para los europeos o Tijuana o Puerto Vallarta, en México, para los norteamericanos (Villarreal, 2016, 33) o las estadísticas del tráfico de mujeres con el objetivo de esclavización sexual. Del total de víctimas del tráfico de personas, 49 % son mujeres y 23 % son niñas y los lugares de destino son generalmente países de los centros, principalmente Europa y Norteamérica y la mayoría de ellas son sujetas a la explotación sexual (UNODC, 2019a, 10).

Por otra parte, el principal productor de miedo, en forma de terrorismo de estado, es Estados Unidos, que lo exporta a todo el mundo con los asesinatos que comete más allá de sus fronteras. El miedo que provoca le mantiene en la posición de potencia principal del mundo y le deja las manos libres para hacer cuanto quiera, igual que en su momento pasó con Alemania, a la que las otras potencias le dejaron hacer todo para fortalecerse y luego para atacar a sus vecinos. No solamente su capacidad bélica causa temor,

sino sus acciones, llenas de prepotencia y abuso. Solo así puede usar el terrorismo de estado contenido en la sustitución del combate por el asesinato en forma de guerra de cacería, con la que asesina con drones a potenciales enemigos (Chamayou, 2016, 37-40), como lo hace hoy Trump en un intercambio mercantil de asesinatos por votos tan cínico que es equiparable solamente al descaro de Hitler. Paradójicamente, descendientes de víctimas de éste, los integrantes del gobierno israelí, le secundan en la tarea (Wisnieszky, 2020), con su propia versión de la necroeconomía, cargada de fundamentalismo religioso.

CONCLUSIÓN

Una vez analizado el problema, ¿cuál es la relación de la necroeconomía con la soberanía y el biopoder? Si la soberanía hace morir y deja vivir, en tanto que el biopoder hace vivir y deja morir, la necroeconomía no deja lugar para la vida: hace morir y deja morir porque hace vivir de la vida de los demás.

BIBLIOGRAFÍA

- CHAMAYOU, G. (2016). *La teoría del dron*, Buenos Aires: Futuro Anterior Ediciones.
- CIDH. (2015). *Violencia, niñez y crimen organizado*. México: CIDH.
- ENCISO, A. (2020). Hay en México 61 637 desaparecidos. *La Jornada*, 7 de enero.
- FERNÁNDEZ, C. (2013). México S. A. *La Jornada*, 1º de abril.
- FLORES, R. (2018). Narcos, cada vez más jóvenes; advierten ciclo de vida corto. *Excélsior*, 29 de mayo.
- FOUCAULT, M. (2005). *El poder psiquiátrico*. Madrid: Ediciones Akal.
- GOBIERNO DE MÉXICO. (2014). Posición de México en el mundo. <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/43882/MEX_Ficha_resumen.pdf>.
- KAPLAN, M. (1996). Economía criminal y lavado de dinero. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, 85. (217-241).
- LA JORNADA. (2013). El narco como fuente de empleo. 1º de abril.
- MARTÍNEZ, A, La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio. *Política y cultura*, Nº 46. (7-31).
- MBEMBE, A. (2011a). Necropolítica, en *Necropolítica, seguido de Sobre el gobierno privado indirecto* (pp. 16-75), Madrid: Editorial Melusina.
- MBEMBE, A. (2011b). Sobre el gobierno privado indirecto, en *Necropolítica, seguido de Sobre el gobierno privado indirecto* (pp. 16-75), Madrid: Editorial Melusina.
- MONROY, J. (2019). Reconoce gobierno la operación de 37 cárteles del narco, en el país. *El economista*, 19 de mayo.
- MONTAG, W. (2005). Necro-economics. *Radical Philosophy*, 134 (Noviembre-diciembre), 7-17
- NIDA. (2019). Tendencias nacionales. National Institute on Drug Abuse. <<https://www.drugabuse.gov/es/publicaciones/drugfacts/tendencias-nacionales>>, (Fecha de la consulta: 15 de enero de 2020).

PARTICIPANTES EN LA CUMBRE INTERNACIONAL SOBRE TURISMO DE TRASPLANTES Y TRÁFICO DE ÓRGANOS. 2009. Declaración de Estambul sobre el tráfico de órganos y el turismo de trasplantes. *Gaceta Médica de México*, 145 (3) (Mayo-junio), (249-254)

SALDÍVAR, J. M. *Nuevas formas de adoración y culto. La construcción social de la santería en Catemaco, Veracruz, México*. México: Visión Libros.

UNODC. (2011). *Estimating illicit financial flows resulting from drug trafficking and other transnational organized crimes. Research Report*. Viena: UNODC.

UNODC. (2019a). *Global Report on trafficking in persons 2018*. Viena: UNODC.

UNODC. (2019b). *Global Study on Homicide. Executive summary*. Viena: UNODC.

UNODC. (2019c). *Global Study on Homicide. Gender-related killing of women and girls*. Viena: UNODC.

UNODC. (2019d). *Global Study on Homicide. Understanding homicide*. Viena: UNODC.

VILLARREAL, O. Análisis de la interacción en el turismo sexual de la zona romántica. México: UAM, Tesis de maestría en Comunicación y Política.

WISNIEVSKY, M. (2020). "Israel y los golpistas bolivianos". *La Jornada*, 10 de enero.

BIODATA

Jacobo SILVA NOGALES: Profesor comunitario. Fue preso político y fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente. Ha escrito libros como *Lucio Cabañas y la guerra de los pobres* y *Rasgos esenciales del Estado*.